

OTROS POEMAS

POEMA

Mi dolor no es el arco de la luna
que mi espalda refleja ni la estrella desnuda
que levanta una fría estrella contemplativa.

Mi dolor, mi alegría, que yerra por espejos errabundos,
la sustancia alcanzada de la roca erigida,
no son mi centro oscuro que detengo y te ofrezco.

Pero te veo de pronto salvadora enemiga,
a mí llega la nube y el ruido de la abeja,
y clara enemiga te sorbo y me creas.

La creación se extiende en definida alegría,
el zumo de los labios ya no desea y crece
el rumor alcanzado en soberanía exquisita
del arco y de la flecha, de la flecha y del son.

Crecedoras las furias deshacen sus fragmentos.
Elásticas columnas recrean el juego de la sombra
y de nuestro centro oscuro fuga la creación serena.

Del cuerpo ante el cristal y de la sombra huidiza
que en nuestra fuente ha destruido el nido.
Ahora la sombra atrae en su torre cercada.

La sombra y el cuerpo enemistados vagan.
El primer cuerpo creador, creador alternado,
clara enemiga, desprende una luz embriagada,
robusto mensaje de la ola viajera.
La sombra interrumpe la canción corporal
y en la garganta no salta el tritón deslumbrado.

La diversidad sus bultos pintarrajea.
Dice única la voz una:
sólo hay un rostro, una garganta, una luz renaciente.

De la nevada testa el viento remoja los cabellos
y cierzo de la muerte revierten los diamantes
de la postrer mirada que se lleva el gran río.

El coro de los guerreros afina sus pisadas
y la muerte no grita en el tambor de las cabalgatas.

Definido está el aire: el secreto del ave ya no está mantenido
y la redención del pez comprende la secreta soledad
del hombre que ayer preguntaba errabundo.
Ahora el misterio en las astas del ciervo
con plenilunio suelta sus monstruosas escamas.

El hombre no aposenta el arco de la luna.
Su helada blancura desdeñada sin fin.
La noche marinera ni rapta el tiempo ni la muerte nos trae.
Severo el fuego construyendo adormece
al hombre y al ángel de la llave entregada.

PARA MIS DOS HERMANAS, QUE ME REGALARON UN PAR DE ZAPATOS

Ahora mis ojos lo cercan
y mis manos lo pueden recorrer, apretar.
Es una navegación para la tierra y la escarcha, un zapato.
Toco la piel, el brillo de los clavos la penetra
alegre como un dios con la cara mojada,
todo tan evidente como mis hermanas
en la lejanía, como la mañana con su llegada
para el despertar. No vienen al teléfono,
no está el almuerzo dominical con su cine,
la llegada de Eloy al atardecer,
y la llegada de todos los familiares de antaño
y la tribu de nuestra sangre,
con sus mujeres altas y su prole bien guardada.
Veo a mis dos hermanas dentro de los zapatos,
como en una barca de juncos,
saludar con un abanico habanero, saludar
para reaparecer detrás de las costas
con los mismos zapatos, la misma barca,
llenos de conchas, las bromas de nuestra infancia,
lo que todos los días nos regalaron como si nos tirásemos
arena al rostro, con el recuerdo del Coronel
que fue nuestro padre y cuya muerte
profundizará siempre nuestros recuerdos, como un anticipo del destierro.
Es el mismo zapato de Jacksonville, de Pensacola,
de los primeros años de huérfanos,
es el zapato que siempre espera
para que lo conviertan en barca de junco,
es el zapato siempre esperado,
es el *ucello*, la carroza, el gran pájaro.
Veo ahora y comprendo desde la raíz que no es el cuarto sostenido
por los tirantes del que se cortó la oreja.
Veo el billar tropezado por las boinas azulear,
y al centro, el par de zapatos como una fruta,
pues ambos están apolismados por el uso
y la crueldad que se rehúsa,
pues las arrugas de esos zapatos parecen las carcajadas de un pescador viejo.
La cama del mesón en la aldea,
que guarda en su centro el par de zapatos,

mientras el sueño sale como una guadaña
para degollar a los espantapájaros.
El par de zapatos del hombre que se cortó
la oreja — los pitagóricos, con sus casas propicias
a los incendios del Este, creían en un muslo de oro —,
y que ahora exigen el centro de su cuarto,
las apoyadas equivalencias estelares,
entre la nada y el grillo que raspa sus sienes.
Mi hermana mayor ¿recuerdas la última Navidad
que pasamos con nuestro padre?;
Eloísa, ¿recuerdas los Reyes en las madrugadas
de Prado, en el recuerdo como los ras de mar,
con sus colecciones coralinas y sus algas rayadas?
La ausencia, la ausencia del que se había ido en el mes de enero,
estremecía nuestra casa,
desde el silbato del cartero hasta la visita de las tías.
Todo eso volviendo como las nubes que tropiezan
en los barandales retorcidos,
reapareciendo en el par de zapatos,
besados por una ardilla de nieve
en el círculo de su retorno infinito.
Ustedes por las tiendas, con las medidas, buscando,
yo apretando esos cordones, abrigándolos,
pasándoles la mano al par de zapatos,
lentamente, como dos animalejos que salen de la consola de ébano.
Ascendiendo en el manantial de las aguas del espejo,
se sientan esas ardillas sobre su cola, con aquellos muebles
color de aceituna de nuestra casona
infantil de Prado, que iban de la sala al comedor,
los días de ras de mar y el día del velorio de Horacio.
Antes de que me rectifiquen: eran los muebles
que pasaron del campamento a Prado,
no los de color caoba, que eran los de Abuela,
con sus banqueticas para los pies,
donde ahora veo el par de zapatos
que ustedes me han enviado desde las Navidades
del destierro, con su ardilla de nieve al teléfono.
¡Dios mío, qué acoplamiento en torno del zapato viejo,
el Can, la Osa Mayor, la Lira,
el Tercer Rey fundador con su hocico de buey,
y sobre su cabeza de diorita egipcia, el Gavilán!
Los pasos, los verdaderos pasos en la espalda
del cielo, el eco de cada paso,

es una medida que se prolonga en una huella,
y en una penetración que nos regala
la ceguera de la marcha.
¿Qué medimos en cada una de nuestras pisadas,
las hojas sonrientes en el ondular de la mañana,
o la penetración invisible en la balanza de Proserpina?
Sé que mis hermanas me han regalado
un par de zapatos, sé que cuidan
mis pisadas alrededor de las hojas,
sé que cuando yo duermo,
ellas cuidan mis pasos, los preparan y los miden.
Estoy entrando en la noche,
oigo suavemente mis pasos preparados
por mis dos hermanas. Oigo
la ardilla de nieve al teléfono,
escucho el ruido de los muebles
que retroceden de la sala al comedor. Miro mis zapatos, estoy tan
alegre como cuando veíamos extenderse la fila de árboles del Prado al día
siguiente de un ras de mar.

RETRATO DE JOSÉ CEMÍ

No libró ningún combate, pues jadear
fue la costumbre establecida entre su hálito
y la brisa o la tempestad.
Su nombre es también Thelema Semi,
su voluntad puede buscar un cuerpo
en la sombra, la sombra de un árbol
y el árbol que está a la entrada del Infierno.
Fue fiel a Orfeo y a Proserpina.
Reverenció a sus amigos, a la melodía,
ya la que se oculta, o la que hace temblar
en el estío a las hojas.
El arte lo acompañó todos los días,
la naturaleza le regaló su calma y su fiebre.
Calmosos como la noche,
la fiebre le hizo agotar la sed
en ríos sumergidos,
pues él buscaba un río y no un camino.
Tiempo le fue dado para alcanzar la dicha,
pudo oírle a Pascal:
los ríos son caminos que andan.
Así todo lo que creyó en la fiebre,
lo comprendió después calmosamente.
Es en lo que cree, está donde conoce,
entre una columna de aire y la piedra del sacrificio.

LA CASA DEL ALIBI

Respondedme, ¿está reciente, recién sacudida y recién nacida la casa del alibi?

La casa que siempre ofrece la cara de una columna de yerbas y de humo, pero que sabemos que se imanta con los cuatro imanes cardinales y la serpiente sumergida.

La casa del alibi, donde el saludo apretando el hombro se iguala con la puerta abierta hacia dentro,
Y la fulminante crecida de los clavos por el paredón tiene el ceremonial de la capa que allí se cuelga y el bulto traído por el viento que le presta sus piedras.

Pues José Martí fue para todos nosotros la última casa del alibi,
que está en la séptima luna de las mareas, y la penetran los ejércitos y se deshace penetrándonos.

No le arredra ver la suntuosa pesadumbre del primer signo del cadmeo, que significa buey,
ni los exquisitos movimientos egipcios del rostro del gato, que se descifra en el doble,
y que está también en las paredes de la casa del alibi, en el signo del reverso de la mano,
pero él ha llegado a los alrededores, sin miedo a la no interrupción de los emidosaurios
y a los excesos de la pitahaya y del colibrí;
amarra alegremente su pequeño caballo en el tronco de aceite y de cuerpo,
y penetra en la casa: encuentra la reciente ceniza de las recientes humaredas;
y el pequeño caballo está quieto, pues sabe que la mano que lo traía ha penetrado con su alegría en la casa del alibi.

Se ha burlado majestuosamente de las varillas cayendo como granos de arroz,
y del soplo de la puerta coronada, abierta hacia afuera, soplada en lentísimos cuchillos,
pues la brevedad de su mano mide incesantemente la distancia de la puerta hasta el símbolo.

Las evaporaciones de lo vegetativo en el sueño le han revelado que un solo ideograma
significa pelambre, pellejo, piel, despellejar y desollar, y las resueltas asociaciones,
que al lado de un bambú, hay que pintar una golondrina.

La brevedad de su mano ha recorrido la oscura suntuosidad de los correaes,
con la sobresaltada decisión de un fragmentario desfile para firmar en el concilio,
pero ahora el trotón permanece cerca de la montura sin que las correas lo
detengan,
y penetra de nuevo en la casa del desierto,
tan injustificada como para Job la lluvia donde no hay poro vegetal.

Pero sabe que quien huye de la escarcha se encuentra con la nieve,
y sabe que él tiene que llegar hasta allí, y que el cenital
de la casa se alcanzará en su vaciedad con lunas bajamar.

El primer desierto es el del rasguño en la piedra, se toca así la primera risueña
absurdisdad,
la mano toca el armonio de inapresable pequeñez y el vuelco de sus sonos y ojos
cae como la cascada que el pez desaloja para enterrarse en el movimiento.

Es la desmandada risa ante el zumbante sombrero planetario y el consejo
que llega: colocarse los hijos gatunos en el sombrero.

El segundo desierto es la vuelta para alcanzar la cámara,
donde el rey y la reina sonámbulos hierven sus semillas,
y el encorvado suspicaz proclama su insensatez de testigo
y el risueño cumplido que cumple su delicadeza con el amarrado caballo,
pagándola en muerte cercana, poniéndose en sitio de palma que arrebató
al caballo, ahora los tres enigmas vuelan y embiste Nadión.

En el desierto el tercer método es la cascada congelada,
a la salida el hombre criollo esgrime un larguísimo pelo de caballo,
lo divide en los cuatro peldaños que levantan cuatro lombrices
y la vida canturreando en el alto vegetal del cabello.

Así pudo él deslumbrarse postrero, el criollo macheteando en cuatro
el larguísimo pelo de caballo. Después van llegando los caminos
con huellas de caballos y los corredores peldaños. Es aquí cuando el rasguño
deja pasar el viento como voz, en el reconocimiento de los parapetos de Anfión.

Su justa permanencia indescifrada sigue en sus memoriales enviados a un rey
secuestrado,
en sus cartas de relación nos describe para su primera secularidad una tierra
intocada
-et caro nova fiet in die irae-,
tomará nueva carne cuando lleguen la desesperación y el temblor y la justa

pobreza.

El dialéctico frenético que gime una ausencia de *telos*,
sabe por él la humedad naciente de la placenta mortal;
el que resguarda sus sílabas de violín y el nadismo de su cabellera bermeja,
y el espejo de cartón acariciado por los estiramientos del humo retomado y
 volcado,
tienen ya que saber que el mejor está allí y en el claro desdén de las previas
antologías órficas.